

Los libros son caros y por eso la gente no lee. ¿Verdad infalible o excusa mentirosa?

(Capítulo extraído del libro “Contra la Sacralización del libro: TODOS LOS LIBROS AL VIENTO” de Jorge Alfonso Sierra)

Es secreto a voces que los editores y los escritores a quienes el público no acepta, se lamentan hasta del buen tiempo. Conviviendo dentro de una sociedad de quejumbrosos, la primera excusa para justificar sus bodegas atiborradas de libros, es decir, que la gente no lee. Por su parte, la gente dice que no compra más libros porque son muy caros. Y la primera pregunta es indagar “caros con respecto a qué”. Porque en América Latina existen países cuyo costo promedio por libro llega a los 3 dólares (Chile) y los más caros los tiene Argentina, con 9,75 dólares.

Y ya quisiéramos saber qué otra gran cantidad de productos de primera necesidad, o de segunda apetencia, tengan éste promedio. Sin entrar en la discusión de cuánto perdura cada cual su incidencia en nuestra vida, o por cuánto tiempo más después de adquirirlo, puedo beneficiarme buenamente de él, no deja de ser interesante un poco de reflexión.

Un paquete de cigarrillos, un pintalabios, una botella de licor, un juego de pestañinas - cualquiera de estos pueriles elementos - no tiene un promedio por debajo de 3 dólares en cualquier país de América Latina, sino al contrario, exceden muchas veces en el mismo, por muy inferior que sea su calidad.

Colombia, por ejemplo, consume 5.250 millones de botellas de cerveza al año, y 160 millones de botellas de licor nacional de 750 c.c., más 10 millones de licor importado, sin contar las que llegan de contrabando, lo que nos da un consumo per cápita en promedio - siendo muy moderados - de 146 botellas de cerveza y 7.7 botellas de licor al año.

Si una cerveza vale 0,50 centavos de dólar promedio en una tienda de esquina y una botella de licor 7 dólares, entonces cada persona en Colombia gasta 126.90 dólares al año en licor.

Pero la realidad es que más del 50% del consumo de licor de las personas de ese país se hace en bares, tabernas y discotecas donde cualquier botella de ese elixir nacional cuesta 40 dólares y una cerveza 2 dólares, lo que nos lleva a un consumo mínimo per cápita de unos 300 dólares en sólo licor.

Y Colombia sólo imprime 20 millones de libros , no teniendo en cuenta los textos escolares. Eso quiere decir que por cada libro editado los colombianos consumen 262.5 botellas de cerveza y 8.5 botellas de licor.

Si un libro en Colombia tiene un costo promedio de 6.44 dólares y los colombianos compran menos de dos libros por año, esto quiere decir que en libros no invierten ni siquiera el 5% de lo que derrochan en licor!!

(De pura depresión, no consultamos las estadísticas del gasto en cigarrillos, pintauñas, coloretos, perfumes, champús, etc.)

(Algunos datos extraídos de “Alcohol, balas y libros”, German Castro Caycedo Revista Cambio 16. Colombia, No. 200, 14 de Abril/97)

Igual análisis podríamos hacer en otros países como Costa Rica, México o Perú, y no creemos que cambien mucho las cosas.

Entonces, volviendo al caso de los “libros caros”, ¿en dónde estriba el problema? En el punto que al comienzo de esta obra analizamos: El que no hemos sabido - ni editores ni escritores - posicionar al libro como un objeto, o un elemento, o una mercancía, que da Ganancias a la gente, y sobre todo, que se entienda “Qué” tipo de Ganancias.

Y aun admitiendo que 6.44 dólares en Colombia es muy caro por un libro, se prueba que otros productos son igualmente costosos con respecto a otros países y sin embargo allí se consumen por doquier. Por ejemplo, una hamburguesa Mac Donalds cuesta más que en París, un carro es dos veces más costoso que en Puerto Rico o Venezuela y un metro cuadrado de un apartamento en el norte de Bogotá vale más que en el centro de Mannhatan.

Pero la diferencia es que mientras la hamburguesa, los apartamentos, los carros, los licores (con todo y sus restricciones legales)son promocionados y publicitados en forma expresiva y alegre, al libro todavía lo tenemos preso en la cárcel de la solemnidad, con pastores alemanes que ladran al primer intento de sacarlo al sol y con espadachines que desenfundan coléricos sus armas cuando al menos se insinúa que ojalá lleguen pronto el día y la noche en que los libros nos los vendan como un desodorante o una fruta,- igual, en un supermercado,- y que se nos conviertan en una necesidad, en un deseo, como un pan nuestro de cada día.